

# Celebración y espera cristianas

Ser cristiano supone adherir a la doctrina y acatar la moral enseñadas por Cristo. Sin embargo, la esencia del cristianismo va aún más lejos. Ella consiste en creer en la persona de Cristo, como verdadero Dios y verdadero hombre.

De la fe en la persona de Cristo brota, como lógico corolario, la aceptación de su doctrina y sus mandatos. Pero el cristianismo es -ante todo y por sobre todo- la fe en una persona.

Que Cristo existió como hombre, representa una realidad histórica no discutida por nadie. Que ese hombre, además, era verdadero Dios, lo sabemos a través del don de la fe.

Como prueba de su infinito amor por cada uno de nosotros, la segunda persona de la Santísima Trinidad -el Hijo de Dios- asumió la naturaleza humana, unida a su naturaleza divina. ¡He ahí el maravilloso e inefable misterio de Jesucristo!

Aunque Dios pudo habernos redimido con cualquier acto suyo, El quiso que su Hijo asumiera nuestra condición humana en todo, excepto en el pecado. Y para darle sentido redentor a cualquier sufrimiento humano, Cristo se hizo "obediente hasta la muerte, y muerte de cruz". (Fil. 2, 8).

La muerte de Cristo en la cruz encierra el más sublime testimonio de amor por los hombres que jamás haya conocido la historia.

No obstante, ello nos coloca ante un hondo dilema. Si Cristo murió, pero no resucitó, quiere decir que no era Dios, porque Dios no podría ser vencido por la muerte. De ahí que San Pablo afirme tajantemente que si Cristo no resucitó, "vana es nuestra fe" (1 Cor. 15, 17).

Por eso, nuestra convicción de que Cristo efectivamente resucitó, constituye la clave última de nuestra fe cristiana. Ello explica que hoy -Domingo de Resurrección-

Por Jaime Guzmán, senador



ción- sea la fiesta más importante de la cristiandad.

Ahora bien, la resurrección de Cristo cobra su plenitud en la perspectiva de la Parusía.

En efecto, Cristo volverá en gloria y majestad a culminar la historia, poniéndole fin. Con su poder, Cristo nos resucitará a todos. Con su poder, nos juzgará, para eterna felicidad junto a El, o para eterna condenación, según nuestros actos.

Entonces toda la creación será glorificada y habrá "cielos nuevos y otra tierra nueva, en que tiene su morada de justicia" (2 Pe. 3, 13). Allí, en el Paraíso, no tendrán más imperio ni el demonio ni la muerte. Nada estará sujeto al detrimento o corruptibilidad propios del tiempo.

En ese Reino futuro lo que, "en vigilante espera", los cristianos aguardamos anhelantes, con la luz victoriosa de Cristo ya resucitado.